

HOMENAJE LITERARIO A PEDRO MARTÍNEZ MONTÁVEZ



Acto realizado con motivo del
Día del Libro 2023

24 de abril, 12 horas

Texto leído por:
Pedro A. Martínez Lillo



"Visión de El Cairo" en *Pensando en la Historia de los árabes*, 1995

Como todas las ciudades extensas y llanas, a El Cairo hay que contemplarla desde alguna atalaya o recorrerla, descubrirla, empaparse de ella, dejándose ir y llevar por sus caminos particulares. Desde la altura, el hermoso cuerpo tendido se abre, se esponja, se despereza, va mostrando sus lípidos contrastes fúlgidos o mates; la mirada, agobiada y sorprendida, absorta y fascinada, va intentando aprehender el insólito panorama total y los múltiples detalles cambiantes. Siempre hay, actuando a su manera diferente y peculiar, numerosos elementos de referencia que sirven de parada, de tránsito y de engarce: las pequeñas y pobladas azoteas, los limpios alminares cuadrados o circulares —se dice que tiene sobre un millar, aproximadamente el mismo número que años—, las bandadas de oscuro y rápidos milanos azorados, el sutil vienteillo de frágiles pestañas, el ancho río fecundo y paternal, la inmensa algarabía clamorosa, en tropel, sofocada, de la urbe frenética, de vida incontenible, inagotable. Adentrándose en ella, sintiendo bajo el pie el perenne temblor acumulado de su tierra apretada, canela y cenicienta, humedecida y enternecida por el río, calcinada y erosionada por el desierto —ambos, penetrándole las entrañas—, El Cairo se te entrega y se apodera de ti como una morada incomparable, como un refugio permanente. El Cairo abraza y te acurruca en su regazo como un padre o cuna amada insustituible. El Cairo te nutre sin descanso y te devuelve a los orígenes ancestrales. Al margen del gentío tumultuoso y agobiante que parece cercarte y detenerte, de esa sensación pegada de espesa humanidad continua y sudorosa que te embarga. El Cairo tendrá para siempre —hay que saber buscarla y encontrarla— una tibia alcoba propia para tu cuerpo y para tu alma.

Ninguna ciudad es de naturaleza única y en singular. En cualquier ciudad conviven y se taracean varias ciudades, resultado tanto de su trayectoria histórica como de las diversas vivencias que en cada uno de nosotros producen y acicatan. Pero en El Cairo, seguramente, esta característica común adquiere una entidad y un significado preeminentes. El Cairo es soberana y ejemplarmente plural y polifacética, naturalmente diversa y hasta contradictoria en muchos de sus aspectos y manifestaciones, pero también conjunta e integrada, integradora. En origen y en desarrollo, El Cairo constituye una rara y excelente fórmula combinatoria de numerosos elementos distintos —pero no finalmente heterogéneos, y esto quizá resulte el quid de la cuestión— fundidos en amalgama singularmente feliz y original, tan atractiva como inquietante y tal vez irreplicable. El Cairo se explica ante todo por su alcurnia neta y enhiesta de urbe árabe-islámica, lo que la dota de una dimensión material y simbólica trabada inconfundible e incomparable. Como esta civilización, muestra una sorprendente y genuina habilidad, una especial e irrevocable disposición, para propiciar la unión de los opuestos o los contrarios. Lo que la dotará de una específica tensión, como la tiene esta ciudad paradigmática: ombligo, corazón y mente

del complejo mundo que, señera y ejemplarmente, representa; del que es principal portavoz, altavoz, foro y caja de resonancia.

La viví —más que vivir en ella— durante casi seis años seguidos, henchidos, polémicos, incomparables, los años a horcajadas entre el final de la década de los cincuenta y el comienzo de la de los sesenta. He vuelto a ella después en bastantes ocasiones, de variable duración y ánimo, y en mi mirada y mi mente no han hecho sino ir confirmándose, apuntalándose, las revelaciones y sensaciones iniciales, sucesivas. He tenido el privilegio de no verla como el apresurado turista automatizado ni como el profesional técnico, angosto y deshumanizado. He podido comprender que la singularidad y la pluralidad de El Cairo no son un tópico fácil o intercambiable ni ninguna pretenciosa disyuntiva insuperable. El Cairo, aparentemente yuxtapuesto, es en realidad un prodigio de coordinación superior y despreocupado del sistema impuesto. Cada uno de sus elementos o porciones es autónomo y pleno, se explica y se justifica en sí mismo y por sí mismo, pero se enhebra y engasta también, se sumerge y diluye en un fantástico alambique eternizado. Contemplada a través de sus múltiples senderos, la prodigiosa ciudad te dejará el alma y la mirada transidas y tramadas, colmadas e insaciadas, apaciguadas y expectantes. Yo recordará siempre con especial emoción y sentimiento las muchas veces que la ciudad se extendió ante mí, me cautivó, mientras contemplaba extasiado, derrotados el tiempo y el espacio, desde lo alto del alminar de la mezquita de Ibn Tulún. Todo se veía con una nitidez impresionante, recién estrenada. Parecía que no existían los confines. A mis pies se trezaban las callejuelas que había recorrido, acariciándolas con el pie; minutos antes, y desde ellas subía hasta mí el embriagante clamor en tropel de sus gentes.

Es verdad, como dicen, que la luz lo es todo en El Cairo. Luz total también, que ilumina en el exterior de los muros, calles, rincones, y enciende en el interior —en el interior de quien contempla— las largas y silenciosas galerías, Cairo total y grácil, de completa hermosura y permanente. Total y doblemente, hasta el nombre: masculino en mi lengua, femenino en árabe: Al-Qáhira, "La Triunfadora". Amor, amor total. Explicación final, incomparable, irremplazable, insustituible.

Leído por Pedro A. Martínez Lillo